



PARROQUIA

PADRE NUESTRO

Alameda de Osuna.
Avda de Cantabria 4
28042- Madrid
Telf.917652110
www.padrenuestro.es

Num.1215 VI Domingo T.O 2021.02.14

SI QUIERES PUEDES LIMPIARME

Jesús era muy sensible al sufrimiento de quienes encontraba en su camino, marginados por la sociedad, olvidados por la religión o rechazados por los sectores que se consideraban superiores moral o religiosamente.

Dios no discrimina a nadie. No rechaza ni excomulga. Jesús tenía la costumbre de levantarse de madrugada para orar. En cierta ocasión desvela cómo contempla el amanecer: "Dios hace salir su sol sobre buenos y malos". Así es él.



Por eso a veces, reclama con fuerza que cesen todas las condenas: "No juzguéis y no seréis juzgados". Otras, narra una pequeña parábola para pedir que nadie se dedique a "separar el trigo y la cizaña" como si fuera el juez supremo de todos.

El rasgo más original y provocativo de Jesús fue su costumbre de comer con pecadores, prostitutas y gentes indeseables. El hecho es insólito.

Los dirigentes religiosos más respetables no lo pudieron soportar. Su reacción fue agresiva: "Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de pecadores". Jesús no se defendió. Era cierto, pues en lo más íntimo de su ser sentía un respeto grande y una amistad conmovedora hacia los rechazados por la sociedad o la religión.

Marcos recoge en su relato la curación de un leproso para destacar esa predilección de Jesús por los excluidos. Jesús está atravesando una región solitaria. De pronto se le acerca un leproso. No viene acompañado por nadie. Vive en la soledad. Lleva en su piel la marca de su exclusión. Las leyes lo condenan a vivir apartado de todos. Es un ser impuro.

De rodillas, el leproso hace a Jesús una súplica humilde. Se siente sucio. No le habla de enfermedad. Solo quiere verse limpio de todo estigma: «Si quieres, puedes limpiarme». Jesús se conmueve al ver a sus pies aquel ser humano desfigurado por la enfermedad y el abandono de todos. Aquel hombre representa la soledad y la desesperación de tantos estigmatizados. Jesús «extiende su mano» buscando el contacto con su piel, «lo toca» y le dice: «Quiero. Queda limpio».

Siempre que discriminamos desde nuestra supuesta superioridad moral a diferentes grupos humanos (vagabundos, prostitutas, toxicómanos, psicóticos, inmigrantes, homosexuales...) o los excluimos de la convivencia negándoles nuestra acogida, nos estamos alejando gravemente de Jesús

Lecturas: Lv. 13,1-2.44-46/San Pablo 10,31-11,1

Mc. 1,40-45.

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas:

–Si quieres, puedes limpiarme.

Compadecido, extendió la mano y lo tocó diciendo:

–Quiero: queda limpio.

La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente:

–No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio. Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes.

Palabra del Señor

LECTIO DIVINA

Ambientación. En la situación en que se encuentra la humanidad en estos tiempos, padeciendo una pandemia a nivel mundial, nos hemos familiarizado con las palabras, confinamiento, contagio, etc. Esto que nosotros padecemos hoy es lo que se vivía en Israel, con mucha más gravedad, en tiempos de Jesús. En esta situación, Jesús, cura y libera a un leproso.

Nos preguntamos. La gran pregunta es plantearnos si somos capaces de ver a tantos leprosos de cualquier tipo que tenemos a nuestro alrededor o los hacemos invisibles. Si, como Jesús, nos acercamos a los enfermos, ancianos, a los que sufren de cualquier modo, no nos instalamos en nuestras comodidades.

Nos dejamos iluminar. Nos pueden iluminar las palabras de Pablo en la segunda lectura: «Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios». Que cada gesto, cada palabra en nuestra vida sea para gloria de Dios. Para ello tengamos en cuenta que la gloria de Dios es que el hombre viva, por eso no nos puede ser indiferente la vida de nuestros hermanos.

Seguimos a Jesucristo hoy. Decía Teresa de Jesús que en tiempos recios son de menester amigos fuertes de Dios. Que la prudencia y nuestros miedos no nos impidan un ejercicio vivo de caridad con aquellos que viven en soledad los problemas de la enfermedad. Seguir hoy a Jesucristo es acercarnos a sus imágenes vivas, sobre todo a aquellos que padecen el dolor de la enfermedad.